rreno de una manera natural y por lo tanto irresistible.

Empero, haga lo que quiera, el crítico quedará expuesto á frecuentes equivocaciones, y en este país más que en ninguna parte. Pues aquí las gentes no están dispuestas á comprender que sin esta franca imparcialidad no se puede obtener una cultura elevada y verdadera. Están tan sumergidos en la vida práctica, tan acostumbrados con sus ideas y hechos, que están prontos á pensar que pueden alcanzarse con eso la verdad y la cultura, y que es una singularidad el pensar en obtenerlas de otro modo. «Todos somos *terre fillii*», exclama su elocuente abogado, «todos los filisteos estamos á una. Fuera toda idea de proceder de otra suerte que la grata á los filisteos; hagamos un movimiento social, organicemos y combinemos un partido para adoptar la verdad y la idea moderna, llamémosle *partido liberal* y unámonos unos á otros

apoyándonos mutuamente. Dejémonos de disparates acerca de la crítica y delicadezas intelectuales, y demás tonterías. No nos inquietemos por razonamientos extranjeros; inventaremos todo por nosotros mismos según vayamos andando. Si uno de nosotros habla bien, aplaudidle; si habla mal, aplaudidle también; todos hacemos el mismo movimiento, todos somos liberales, todos vamos en busca de la verdad». De esta manera la persecución de la verdad llega á ser un asunto agradable, social y práctico, requiriendo casi un presidente, un secretario, y carteles de bando; con la excitación de algún escándalo ocasional y un poco de resistencia para dar la apariencia de una dificultad vencida; pero en lo general mucho barullo y muy pocas ideas. Como dice Goethe, ¡obrar es tan fácil y pensar es tan difícil! Es verdad que el crítico tiene muchas tentaciones para ir con la corriente, para hacerse

del partido de estas *terræ filii*, parece descortés rehusar el ser un *terræ filius* cuando lo son tantas gentes excelentes; pero el deber del crítico es resistirse, ó si la resistencia es en vano, gritar al menos con Obermann: *Périssons en résistant.*

He tenido buena oportunidad de experimentar cuán seria es la cuestión de resistirse cuando hace algún tiempo me atreví á criticar el celebrado primer volumen del obispo Colenso (1).

(1) Tan sincera es mi aversión á todo ataque personal y controversia, que después de haber transcurrido tanto tiempo de la ocasión que los produjo, me abstengo de reimprimir los ensayos en que critiqué el libro del doctor Colenso; no obstante, después de todo lo que ha pasado, me creo obligado á hacer aquí una declaración final de mi franca impenitencia en el pecado de haberlas publicado. Además, no puedo dejar de repetir una vez más, en beneficio suyo y de sus lectores, este párrafo de mis observaciones sobre él: *hay verdad de la ciencia y verdad de la religión; la de la ciencia no llega á ser verdad de la religión*

El eco de la tormenta que entonces se levantó murmura todavía á mi alrededor. Esa tormenta se originó de un error de inteligencia casi inevitable. Alcanzar la percepción clara de que la ciencia y la religión son dos cosas enteramente diferentes, es el resultado de no poca cultura. La muchedumbre siempre las confundirá, pero por dicha no es de verdadera importancia, pues mientras la muchedumbre se imagina vivir con la engañosa ciencia, vive en realidad con la verdadera religión. No obstante, el doctor Colenso hizo todo lo que pudo por aumentar la confusión (1) en su primer volumen y ha-

hasta que se hace religiosa. Y añadiré: Tomemos toda la ciencia que haya de los hombres de ciencia; de los hombres de religión tomemos la religión.

(1) Se ha dicho que hice «un crimen contra la crítica literaria y la cultura más elevada, intentando instruir á los ignorantes». ¿Necesito indicar que los ignorantes no se enteran por ser confirmados en una confusión?

cerla peligrosa. Admito sin restricciones que hizo esto con las mejores intenciones y con la ignorancia más cándida del efecto que iba á causar; pero, dice Joubert, «la ignorancia, que en cuestiones morales atenúa el crimen, es en sí misma un crimen de primer orden en las cuestiones intelectuales». Yo critiqué la teórica confusión del obispo Colenso. Inmediatamente se levantó un grito; «¿qué es esto? ¿Hay aquí un liberal atacando á otro liberal? ¿No formáis parte del movimiento? ¿No sois amigo de la verdad? El obispo Colenso ¿no anda en busca de ella? Pues entonces hablad de su libro con el debido respecto. El doctor Stanley es otro amigo de la verdad y habláis de su libro con el respecto debido; ¿por qué hacer esas envidiosas diferencias? Ambos libros son excelentes, admirables, liberales; el del obispo Colenso quizá lo es más, porque es el más osado, y tendrá las mejores consecuencias po-

sitivas para la causa liberal. ¿Queréis animar á que ataquen á un liberal, colega suyo y vuestro, á nuestras implacables enemigas la *Revista de la Iglesia y del Estado* ó el *Registro*, á la alta Iglesia, tarda como un rinoceronte, y á la evangélica, feroz como una hiena? Callaos pues, ó, más bien, hablad, gritad tan alto como podáis, y extasiaos con los ochenta y tantos medrosos palomos.» Pero la crítica no puede seguir este método confuso y rastrero. Por desgracia, es posible que un hombre buscando la verdad escriba un libro fundado en un concepto erróneo. Ni aun los resultados positivos de un libro son recomendación para la crítica imparcial, si el libro es imprudente, en el sentido más lato. Observo que una señora que también anda en busca de la verdad, y escribe con admirable capacidad, aunque quizá algo de más, en su inspección del estado religioso de Europa, bajo la influencia del es-

píritu práctico del movimiento liberal inglés, clasifica el libro del obispo Colenso y el de M. Renán como hechos de un mismo orden, obras las dos de «suma importancia», de «gran poder, autoridad y habilidad»; más eficaz, acaso, el del obispo Colenso; miss Cobbe, al menos, expresa de una manera especial su gratitud porque al obispo Colenso «le hayan sido concedidos fortaleza y valor para enseñar verdades de tan honda importancia». Del mismo modo, más de un escritor popular le ha comparado á Lutero; y precisamente esta clase de criterio falseado es al que, á mi parecer, el talento crítico está obligado á resistirse. La prueba más contundente de la decadencia en que está la crítica en Inglaterra, es, que mientras el libro del doctor Strauss es el objeto de observación en la literatura religiosa de Alemania, y el libro de M. Renán en la de Francia, el del obispo Colenso sea el blanco de la de

Inglaterra. La obra del obispo Colenso se funda en una equivocación completa de los elementos esenciales del problema religioso tal como está presentado para su solución. Por tanto, la crítica que anda investigando lo que mejor se ha discurrido y escrito sobre este problema, aunque lo haga de buena fe, no tiene ninguna importancia. El de M. Renán plantea una nueva síntesis de los fundamentos que los cuatro Evangelios nos demuestran. En mi opinión, ensaya una síntesis quizá prematura, imposible acaso, de seguro sin éxito. Sea como fuere, por ahora debemos someternos al dictamen de Fleury sobre estas refundiciones de la narración del Evangelio: *Quiconque s'imagine la pouvoir mieux écrire, ne l'entend pas.* M. Renán pronunció con anticipación una especie de sentencia sobre su obra, al decir «si me ofreciesen una nueva demostración del carácter de Jesús, la rechazaría; su misma perspicacia sería

á mi juicio la mejor prueba de su insuficiencia». Sus amigos pueden replicar con perfecta justicia, que á la vista de la Tierra Santa, y de la escena en que sucedió el relato evangélico, todas las ideas de M. Renán pueden haber variado de curso, siéndole sugerida irresistiblemente una nueva forma de esa historia; y que este es un caso para el que es aplicable la máxima de Cicerón: el cambio de opinión no es inconsecuencia—*nemo doctus unquam mutationem consilii inconstantiam dixit esse.*—De todas suertes, para la crítica, el primer pensamiento de M. Renán es el más cierto, en tanto que su nueva forma no acabe de recomendarse más en absoluto, para que (usando la feliz frase de Mr. Coleridge acerca de la Biblia) nos *decida* por completo. La empresa de M. Renán es, sin embargo, del mayor interés é importancia, puesto qué con todos sus argumentos establece una síntesis nueva del Nuevo Testa-

mento—sin hacer la guerra á datos anteriores, á la manera de Voltaire, sin excluirlos de la memoria, á la manera de las gentes, sino reedificando sobre ellos, tomándolos por convencional punto de vista, y colocándolos á la luz con otro nuevo prisma;—esta es la verdadera esencia del problema religioso, como se ha presentado; y sólo por los esfuerzos que se hagan en esta dirección puede dársele solución.

Por otra parte, miss Cobbe, como tantos otros vehementes liberales de nuestra generación, con el mismo ardor con que juzga al obispo Colenso se dedica activamente á la fundación de una religión positiva para lo futuro, ó por lo menos intenta formarla. No debemos descansar en lo que ella y ellos están siempre pensando y diciendo en la crítica negativa, debemos crear y construir; de aquí es que tengamos obras tales como su reciente *Deber religioso*, y obras acaso más notables de

otros, que todos recordarán. Esos trabajos suelen tener mucha capacidad, suelen originarse de convicciones sinceras y puro deseo de hacer bien, y á veces lo hacen. Su falta (si se me permite decirlo así) es por el estilo de la del Colegio Británico de Salud, en el New Road. Todos conocen ese colegio; el edificio con el león y la estatua de la diosa Hejea delante; del león, por lo menos, estoy seguro, aunque no tanto de la diosa Hejea. Este edificio acredita, tal vez, los recursos del doctor Morrison y sus discípulos; pero deja mucho que desear cuanto á la idea de lo que debe ser un Colegio Británico de Salud. En Inglaterra, donde odiamos la intervención pública y gustamos de la empresa particular, tenemos gran número de edificios como ese colegio; el magnífico nombre sin la magnífica institución. Estimables como son para la empresa individual, tienden por desgracia á empeorar nuestro gusto haciéndonos

olvidar el carácter grandioso, noble y bello que una institución pública debe tener. Lo mismo puede decirse de las religiones del futuro de miss Cobbe y otros. Como el Colegio Británico de Salud, dando crédito á los recursos de sus autores, tiende, sin embargo, á hacernos olvidar el carácter grandioso, noble y hermoso, que pertenece á las interpretaciones religiosas. A pesar de todas sus faltas, las religiones históricas han tenido esto; que pertenece al sentimiento religioso, cuando florece sinceramente, y nosotros empobrecemos nuestro espíritu si aprobamos una religión del futuro que no lo tenga. ¿Cuál, es, pues, el deber de la crítica? ¿tomar el punto de vista positivo para aplaudir el movimiento liberal y todas sus obras incluso las religiones del futuro, su edificio de New Road, en atención á su utilidad general? De ningún modo; sino estar en perpetuo descontento con esas obras mientras

no estén á la altura de un ideal perfecto.

Para la crítica estas son leyes elementales; pero nunca pueden ser populares, y en este país han sido muy poco atendidas, porque encuentran inmensos obstáculos para seguirlas. Esa es una razón para sostenerlas cada vez más. Debe separarse con independencia del espíritu práctico y sus conveniencias, y expresar su descontento hasta de los esfuerzos que se hagan de buena intención que no deben satisfacerle, si á la luz del entendimiento los ve infecundos y limitados. No debe apresurarse á llegar á la meta á causa de una importancia positiva. Debe tener paciencia y saber esperar, y tener la flexibilidad de apegarse á las cosas y desembarazarse de ellas. Debe tener aptitud para estudiar y aprobar elementos que faltan para la plenitud de la perfección mental, aun cuando pertenezcan á un poder que sea perjudi-

cial en el terreno de la práctica; debe tener idoneidad para comprender los desaciertos ó ilusiones del espíritu y desaprobarlos. Y esto sin ninguna intención de favorecer ó injuriar á una facultad ó la otra, sin ninguna idea de poner en juego un poder contra el otro. Cuando uno considera, por ejemplo, el tribunal de divorcio inglés, institución que tal vez tiene sus conveniencias positivas, pero que en la esfera de las ideas es tan repugnante, una institución que ni hace imposible el divorcio ni lo hace decente, que permite á un hombre desembarazarse de su esposa, ó á una esposa de su marido pero arrastrando primero uno al otro, para edificación del público, por el lodazal de indecible infamia; cuando uno considera, digo, esta encantadora institución, con sus vistas y juicios tumultuosos, sus noticias detalladas en los periódicos y sus compensaciones de dinero; esta institución en la que el

estúpido y atrasado filisteo británico ha estampado la imagen de sí mismo, puede uno permitirse hallar la teoría del catolicismo sobre el matrimonio consoladora y elevada. O cuando el protestantismo, en virtud de su supuesto origen razonable é intelectual, da ley á la crítica en tono demasiado magistral, ésta puede y debe recordar que sus pretensiones en este punto son engañosas y causan daño; que la Reforma fué un acontecimiento más bien moral que intelectual, y la teoría de la gracia de Lutero no refleja con más exactitud el deseo del espíritu que la filosofía de la historia de Bossuet; y que no hay más antecedente probable de que el fondo de las ideas del obispo de Durham sean más agradables á la pura razón que las del Papa Pío IX. Pero no por eso ha de echar en olvido las hazañas del protestantismo en lo moral y práctico; y que, aun en lo tocante á la inteligencia, llevó adelante

el Renacimiento, aunque á ciegas y á tropezones, mientras el Catolicismo lo apartó de su senda con violencia.

No ha mucho oí á un hombre de talento y energía comparar las faltas de ardor y actividad que hay entre los jóvenes de este país con lo que él recordaba de su juventud, hace viente años. «¡Qué reformadores éramos entonces!» exclamaba, «¡qué ardor teníamos! ¡cómo examinábamos cada institución de la Iglesia y el Estado, y nos preparábamos á rehacerlas todas sobre excelentes principios!» Al decirlo sentía cierta triste languidez por la calma presente. Yo la considero más bien como una pausa en la que se verifica un nuevo progreso espiritual.

Para los jóvenes y los vehementes de entre nosotros, todo está muy visto en inseparable consorcio con la política y la vida práctica; hemos agotado lo suficiente en beneficio de ver las cosas en esta relación, y hemos sacado todo

el partido posible de considerarlas así. Ensayemos otro modo de contemplarlas más desinteresado; consagrémonos á la vida serena del entendimiento y el genio. Este puede tener también sus excesos y peligros, pero por ahora no los hay. Pensemos en ensanchar tranquilamente nuestro acopio de ideas modernas, y cuando tengamos una ó media, no echemos á correr con ella á la calle, tratando de que domine allí. Después de todo, nuestras ideas, sazonándose un poco, reformarán mejor el mundo. Acaso dentro de cincuenta años, en la Cámara de los Comunes, se hará objeción á alguna ley por ser una anomalía, y mi amigo, el individuo del Parlamento, se estremecerá en su sepultura. Pero entre tanto, esforcémonos en que dentro de veinte años, en la literatura inglesa, cuando se haga una proposición, sea objeción para aceptarla el que sea absurda. Eso será un cambio tan enorme, que la imagi-

nación apenas puede abarcarlo. *Ab integro saeculorum nascitur ordo.*

Si he insistido tanto en el camino que la crítica debe tomar en lo que atañe á la política y á la religión, es porque cuando se trata de estas ardientes cuestiones, lo más probable es extraviarse. Deseaba, sobre todo, insistir en la actitud que la crítica debe adoptar en general para todas las cosas, con imparcialidad y templanza. Pero hay otra cuestión en cuanto al principal objeto á que debe atender la crítica literaria. Por lo regular, su senda está trazada por el principio, que es ley de su existencia: el principio de tener un empeño desinteresado en saber y propagar lo mejor que se ha sabido y pensado en el mundo, estableciendo de esta suerte una corriente de ideas modernas y verdaderas. Como es natural, no componiendo Inglaterra todo el universo, mucho de lo mejor que se discurre y sabe no es de procedencia

inglesa. Como es natural, repito, esto es justamente lo que hay menos probabilidad que sepamos, mientras que lo que se piensa aquí llega á nuestros oídos por todos lados. Por lo cual, el crítico debe fijarse en la opinión y juicio extranjeros, prestando particular atención á lo que, además de ser en sí fecundo y significativo, puede pasársele inadvertido por alguna razón especial. Por otra parte, suele decirse que su tarea es formar opinión, y en cierto sentido, así es; pero el juicio que un criterio recto y sereno se forma casi insensiblemente unido á profundos conocimientos, es el que vale, y aumentar siempre estos conocimientos debe ser el mayor cuidado del crítico. Y propagándolos, dando al mismo tiempo su dictámen—pero insensiblemente y en segundo lugar, como una especie de sostén y guía, no como un legislador abstracto—es como el crítico hará el mayor bien á sus lectores. Algunas

veces, sin duda, por el gusto de señalar la plaza de un autor en la literatura y su relación con la bandera central (y si esto no se hace, ¿cómo vamos á sostener nuestra *superioridad?)*, puede tratarse de un asunto tan familiar, que los conocimientos modernos estén fuera de sazón, y entonces todo debe ser opinión y detallada aplicación de principios. La mejor salvaguardia para esto, es no llegar á ser nunca metafísico, escribir siempre con la conciencia íntima de la sinceridad de lo que uno dice, y en el momento que esta seguridad nos falte comprender que hay algún error. De todas suertes, esta opinión y aplicación de principios no es en todas las circunstancias labor satisfactoria; como en las matemáticas, es una circunlocución, y no puede darnos, como ciencia moderna, una sensación cabal de la actividad creadora. Pero deteneos, dirá alguno; esta conversación no nos es de ningún pro-

vecho; esta crítica vuestra no es la que tenemos en nuestras imaginaciones cuando hablamos de eso; al hablar de críticos y crítica, damos á entender la de la literatura inglesa que en el día corre; cuando ofrecisteis decir cuál era la incumbencia de la crítica, era á ésta á la que esperábamos os dirigiéseis. Lo siento, pero temo frustrar esas esperanzas. Me obliga á ello mi propia definición: *un empeño desinteresado e imparcial en saber y propagar lo mejor que se sabe y piensa en el mundo.* ¿Cuánto hay de esto mejor en la literatura inglesa del día? Temo que no mucho en la actualidad; de seguro, menos que en la de Francia ó Alemania. ¿Voy, pues, á alterar mi definición, para contrarrestar los cargos de un número de críticos ingleses que, después de todo, son libres en la elección de oficio? Eso sería hacer que la crítica se prestase precisamente á esas extrañas consideraciones positivas que dije serle

tan fatales. Con verdad, puede decirse á esos que tienen que tratar con la masa común de los escritores del día (mejor fuera desdeñarla), que á todo evento pueden animarse á ensayarla guiados por la regla de conocer lo mejor que se discurre y sabe; aproximándose á esta norma de que todo crítico debe poseer profunda erudición en la literatura general, además de la de su país, y cuanto más diferente á la suya, mejor. Pero después de todo, la crítica que en realidad me interesa—la crítica que puede ayudarnos para el porvenir, que por toda Europa se significa en el día, cuando tanto valor se da á la importancia del espíritu crítico—es la que se considera como una gran confederación para los propósitos intelectuales, obligada á unir acción y trabajo para un resultado común, cuyos individuos están dotados del conocimiento de la antigüedad griega, romana y oriental, y alguna otra. Dejando